

“A quienes andan dispersos”

Una lectura social de las Cartas Católicas

Aula de Teología, Santander
11 de diciembre de 2007

LOS CAMINOS DE UNA FE SOCIAL (Santiago)

Profesor Fidel Aizpurúa Donazar

Introducción:

“Podemos llegar a preguntarnos, y sólo en apariencia es paradójico, si la causa de que en Occidente hayamos dejado muchas veces de lado al Espíritu Santo no será precisamente haber desacreditado y marginado el cuerpo humano”¹. Ampliando este pensamiento de A. Fermet, tal vez podamos añadir que nunca el hecho religioso se ha vaciado tanto de contenido, sino en la medida en que se ha alejado del hecho social. Es cierto que, por causa de su propia mecánica, el hecho religioso tiende a cerrarse sobre sí mismo². De tal manera que, a la postre, la religión y la sociedad caminan por cauces diversificados, paralelos no pocas veces.

Sin embargo, debido a los vaivenes sociales que continuamente experimentamos, parece que asistimos hoy a un retorno de las religiones³. En realidad, el planteamiento religioso contiene altas dosis de esquizofrenia: por un lado se afirma que la religión apunta a realidades espirituales y que, por lo mismo, no se mezcla en “asuntos temporales”; por otro lado, la incidencia de planteamientos religiosos en el hecho social y político es evidente⁴. Pero, contando con esta doble dirección, hay que decir que la humanización del hecho social, la preocupación por el futuro de la familia humana y nada digamos por la suerte de los débiles son elementos con frecuencia ausentes de la preocupación religiosa. Estas preocupaciones aparecerán, todo lo más, en la dirección del socorro puntal, de la caridad (mucho menos de la promoción y casi nada del desarrollo). Su incidencia social va más en la línea del dominio, por medio de la fuerza, de la recuperación de la identidad, del afianzamiento del colectivo religioso sobre medios sociales que se consideran hostiles. Por eso, muchos analistas, al constatar el peligro que conlleva dejar actuar de manera no humanizadora a las religiones en el ámbito público, defienden con pasión la pertenencia de lo religioso a la esfera de las verdades privadas⁵.

¹ A. FERMET, *El Espíritu Santo es nuestra vida*, Santander 1985, p.29.

² El componente sectario de las religiones es evidente. Los ocho criterios de Lifton para definir una secta tienen todos el componente del alejamiento y desconexión con la realidad social circundante: Cf J. ERDELY, *Cómo identificar una secta*, México 2002.

³ “Guste o no, los dioses están de regreso...El hecho religioso vuelve a estar en el centro de muchas preocupaciones nacionales e internacionales, como lo estaba veinte o treinta años antes”: A. ORTEGA, *La fuerza de los pocos*, Barcelona 2007, p.203.

⁴ Todas las guerras modernas tienen un fuerte sustrato religioso.

⁵ “Para comprender el valor cognoscitivo de las religiones, debemos distinguir entre *verdades privadas* y *verdades universales*. Son verdades privadas aquellas que se imponen a una persona en su fuero íntimo,

Aun constatando ese componente privado en el plano cognoscitivo, el hecho creyente (más que el religioso) está llamado a ser parte de la dinámica social, como los otros grandes valores de la vida lo están (el amor, la conciencia de familia humana, la buena relación, etc.). Desde ahí se puede afirmar que las religiones no solamente pueden influir en el devenir del camino humano, sino que, de algún modo, se les exige aportar su contribución al caudal de humanización de la historia. Más allá del interrogante del secularismo y aun del fanatismo religioso, las religiones están llamadas a contribuir en la humanización de la historia⁶. Esa contribución ha de hacerse tanto en la pretensión de mejora del marco social en que se mueven las personas, como en ámbitos más internos, tales como el de intentar llenar el hondo vacío que parece generar nuestra cultura⁷.

La carta de Sant es, dentro de su modestia, una especie de propuesta creyente de actuación social. Tal propuesta está basada sobre los siguientes cimientos: a) unas relaciones respetuosas e igualitarias, como si quisiera recuperar la primigenia utopía evangélica de la fraternidad⁸; b) una economía solidaria orientada por los principios evangélicos de la generosidad y del cuidado por el hermano⁹; c) un control efectivo sobre el egoísmo personal y social, como realidad diametralmente opuesto a la propuesta de Jesús por ser causa de tremendas divisiones eclesiales y sociales¹⁰; d) un anhelo siempre activo de la justicia como bien máximo para el caminar humano, sueño mayor del Padre y del mismo Jesús¹¹. El autor no recurre a grandes fundamentaciones teológicas, pero en la carta late viva la utopía del Reino siempre acariciada por Jesús.

Desde ahora lo avanzamos: la carta de Santiago es una llamada a la recuperación de lo más sustancial del planteamiento evangélico, aquel que entiende la historia como camino necesario hacia el Reino. Por eso, Sant ayuda a responder a la incisiva pregunta que muchas veces se ha hecho la comunidad creyente: ¿Cómo es posible que nos hayamos alejado tanto y tan pronto de la primera oferta de Jesús? Y, a la vez, ayuda a dar una respuesta para tal problema: trabajar el mundo de las relaciones sociales y económi-

en su conciencia, pero que no pueden ser universalizables. No se niega que puedan ser verdaderas, sino tan sólo que no alcanzan el nivel de verdades intersubjetivas, que son más seguras no en cuanto a su contenido, sino al modo de justificación”: J. A. MARINA, *Dictamen sobre Dios*, Barcelona 2001, p.223-224.

⁶ “Algo que vale directamente en su visión *positiva*, sea en los momentos de exaltación en la construcción de un futuro mejor (ilusión moderna), sea en los más humildes de ofrecer un vaso de agua (modestia posmoderna). Y que, desde el Dios Anti-mal, revelado definitivamente en la cruz, vale igualmente en su versión *negativa*, sea de ‘compasión’ universal, porque ‘todo es dolor’ (Buda), o simplemente ‘porque tienen sed’ (Jesús), sea de preocupación por el sentido de las ‘víctimas irredentas’ (interrogante del GULAG y el Holocausto)”: Cf A. T. QUEIRUGA, *Fin del cristianismo premoderno. Retos hacia un nuevo horizonte*, Santander 2000, p.119.

⁷ “Ahora, tras la inédita corpulencia de los avances tecnológicos, tras la tumba del comunismo, entre la aparatosa y sofisticada teatralidad del consumismo, hemos reingresado en una nueva hospitalización. No parece desde luego tan grave como la caída de una civilización pero significa un estado cultural de continua ansiedad que no encuentra remedio en objeto alguno. El objeto, el sexo, el padre, la vocación, han ido deshaciendo su cimentación hasta fomentar que el planeta flote sobre la delgada superficie de su plasma y la realidad funde su visión en ese caldo que humea. O, también, que apoye su voz en la gran caracola de los *media* donde un son vaciado de todo proyecto se complace en la nacarada angustia de su ausencia.”: V. VERDÚ, *El actual imperio de la ausencia*, en *El País*, 26-11-07, p.33.

⁸ “Vuestro maestro es uno y todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8); “El más grande entre vosotros iguállese al más joven, y el que dirige al que sirve” (Lc 22,26).

⁹ “Una cosa te falta: vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres” (Mc 10,21).

¹⁰ “Al oírlo (la petición de sentarse a la derecha y a la izquierda), los otros diez dieron suelta a su indignación contra Santiago y Juan” (Mc 10,41).

¹¹ “Buscad primero el reino de Dios y su justicia” (Mt 6,33).

cas desde una perspectiva evangélica puede ser cauce de recuperación de los valores cristianos primigenios¹².

La carta de Sant es, de nuevo, una llamada a la participación social y aún política, ya que desvincular a la experiencia creyente de este componente no solamente es debilitarla, sino ponerla en cuestión. “El compromiso con la realidad es una exigencia cristiana. Y casi podemos decir que es la exigencia cristiana, ya que es una exigencia que nace del Dios cristiano y su revelación ‘según la cual el mismo Dios se ha hecho presente y se ha atado definitivamente a lo material de la carne de Jesús y a lo material de la historia y de sus hijos privilegiados, los pobres’ (J. SOBRINO). Con Dios nos encontramos en el mundo, a Dios lo encontramos en el empobrecido”¹³.

1. Lectura sincrónica:

Vamos a adentrarnos en una lectura sincrónica de Sant desde esta perspectiva social. Antes que nada diremos que este texto es una carta de estilo sapiencial, más que teológico¹⁴. El autor quiere persuadir, exhortar, animar a un estilo de vida social conforme con la primigenia solidaridad evangélica. En el fondo, como en casi todas las cartas Católicas, el problema que subyace es el problema de la historia como cauce verdadero de fe. Aunque no hace referencia explícita a Jesús¹⁵, al situar la problemática en el tema del amor en obras, se coloca en el núcleo del Mensaje, de las “exigencias” del mandamiento del amor (2,8). La fe, según la carta, se expresa y madura en la acción oponiéndose a cualquier intimismo estéril. Y, por supuesto, es intolerable una fe que, so capa de espiritualidad, incluye la explotación del trabajador. Estructuraremos el texto en seis momentos:

1) *Momento primero: Aguante:*

Todas las católicas contienen una llamada explícita a la resistencia, al aguante. Habiendo percibido la decisividad del momento presente, incitan a un estilo de vida correoso, creyente, tenaz, resistente. Tomando el ejemplo prototípico de la resistencia de Job, Sant anima aguantar en una tensión creativa, generadora de actitudes de vida cristiana: “Llamamos dichosos a quienes tuvieron aguante” (*Idou makarizomen tous hupomeinantas*: 5,11). Quien aguanta es “dichoso”, porque la fidelidad es el rostro de la verdadera adhesión¹⁶.

Como un soporte y un acicate para esta tensión mantenida, para este anhelo que no se extingue con el paso del tiempo, el autor propone una vida de oración intensa. En la figura de Elías “hombre débil como nosotros” (*Elias anthrôpos ên homoiopathês hêmin*, 5,17) se percibe la fuerza de la oración para quien resiste. De ahí la conciencia de su valor: “Mucho puede la oración intensa del justo” (*Polu iskhuei deêsis dikaiou*

¹² Habiendo creído, por la mecánica religiosa, que la conversión es el cauce para la renovación social, quizá Sant se incline más por pensar que lo que de verdad renueva es la participación en estructuras sociales nuevas, fraternas y solidarias. Para este texto, como dice J. Melloni, la puerta del corazón se abre por fuera, en la medida en que uno se expone a situaciones sociales que le empujen al cambio.

¹³ I. ZUBERO, *Movimiento sociales y alternativas de sociedad*, Madrid 1996, p.77-78.

¹⁴ El constante uso de la diatriba lo caracteriza. La calidad del texto griego es notable, por lo que será preciso atribuirlo a algún helenista culto; su autoría es pseudonímica. El texto es de finales del siglo I.

¹⁵ Únicamente se le cita dos veces: Sant 1,1; 2,1.

¹⁶ Las primeras generaciones cristianas han elaborado una auténtica espiritualidad de resistencia. Prueba de ello textos como Apocalipsis.

energoumenê: 5,16b). Esa intensidad, como en los Evangelios, está llena de confianza en la promesa del Dios que, por Jesús, asiste a la historia¹⁷.

2) Momento segundo: Una comunidad clasista y explotadora:

Ahí está el gran fallo de esta comunidad: pretenden construir el edificio de la fe sobre la realidad incuestionable de una comunidad clasista y, por lo mismo, explotadora: “El jornal de los braceros que segaron vuestros campos, defraudado por vosotros, está clamando, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos” (*Idou ho misthos tôn ergatôn tôn amêsantôn tas khôras humôn ho aphusterêmenos aph’humôn kraxei, kai hai boai tôn therisantôn eis ta ôta kuriou Sabaôth eiselêluthan*: 5,4). Todavía conservan estas frases todo su vigor, toda su capacidad de reivindicación social, toda su denuncia profética. Pensar en una vida cristiana desde una perspectiva tal resulta imposible¹⁸. Por eso apostrofa taxativamente: “Condenasteis y asesinasteis al inocente: ¿no se os va a enfrentar Dios?” (*Katedikasate ephoneusate ton dikaion. Ouk antitassetai humin*: 5,6). Despojar de los derechos al pobre es condenarlo y asesinarlo, hacer que entre en el torbellino de la pobreza, de la deuda y de la muerte del que es bien difícil salir¹⁹.

Esta reivindicación queda un tanto matizada cuando, desde una perspectiva sapiencial, trata de establecer la común dignidad de rico y pobre basándose en el valor de la persona, no en la riqueza, a la que considera “como flor de hierba” (*Ôs anthos khortou*: 1,10). La fragilidad de la riqueza conlleva la evidente realidad de que el “así se marchitará el rico en medio de sus empresas” (*Houtos kai ho plousios en tais poreiais autou maranthêsetai*: 1,11). Se quiere fundamentar la comunidad sobre valores distintos a los de la sociedad economicista. Ese valor no es otro que la dignidad común de toda persona²⁰.

¹⁷ Cf Lc 11,9.

¹⁸ Lo cierto es que el Evangelio y la vida corriente han ido con frecuencia por caminos separados. Hay una novela del premio nóbel José Saramago, altamente recomendable (se titula *Levantados del suelo*, Ed. Alfaguara). Es la historia de la pobreza en el sur de Portugal, pero tiene mucha similitud con la historia de nuestra pobreza rural. Allí sale un cura, el padre Agamedes, que, por supuesto, está de parte del capital, del poderoso terrateniente, del sistema. Cuando los peones del campo están preparando una huelga, veamos cómo describe el autor la actitud del cura, cosa que merece un análisis: “Tiene toda la razón el padre Agamedes. Anda gente por el latifundio, se encuentran en grupos de tres o cuatro en lugares escondidos, en los yermos, en las casas a veces abandonadas, vigilando, otras veces al abrigo de un valle, dos de aquí, dos de allá, y mantienen largas charlas. Hablan siempre de uno en uno y los demás oyen, quien les viera de lejos diría, son vagabundos, gitanos, son apóstoles, y cuando acaban se dispersan en el paisaje, a poder ser por caminos desviados, llevando papeles y decisiones. A esto llaman organización, y el padre Agamedes está rojo de cólera, es la santa ira, malditos sean, caigan sus almas en las profundidades del infierno, dañina infección que solo quiere nuestro mal vivir, aún ayer en conversación con el presidente de la junta, él me dijo, señor cura Agamedes, mire que la fatal dolencia ha contaminado ya nuestro pueblo, hay que hacer algo contra las perniciosas doctrinas que los enemigos de nuestra fe y nuestra civilización andan propagando entre las familias, ingratos, os digo ahora, que ignoráis que nuestro país es la envidia de las otras naciones, esta paz, este orden, y ahora venid acá y decidme si queréis perder todo esto, que os queráis de vicio, eso es lo que os pasa” (pp.142-143).

¹⁹ J. A. PAGOLA describe muy bien la situación económica de los agricultores en tiempo de Jesús. Salvadas las distancias, algo parecido debía ser en tiempos de Sant: “la carga total de impuestos era, probablemente, abrumadora. A muchas familias se les iban en tributos e impuestos un tercio o la mitad de lo que producían. Era difícil sustraerse a los recaudadores...El problema de los campesinos era cómo guardar la semilla suficiente para la siguiente siembra y cómo subsistir hasta la siguiente cosecha sin caer en la espiral del endeudamiento”: *Jesús. Aproximación histórica*, Madrid 2007, p.26.

²⁰ Aunque el tema de la dignidad no esté explícitamente anotado, se halla a la base de la idea de comunidad que sostiene Sant.

3) Tercer momento: Una religiosidad pietista:

Toda esta disfunción de una comunidad montada sobre criterios económicos y no sobre la dignidad pretende ser amparada por una espiritualidad vertical y pietista. Es la que más conviene a quien tiene intereses que ocultar. Se había olvidado ya el claro mensaje paulino de que la fe es praxis antes que ideología²¹. Cultivar una fe interior, sin referencia expresa a la historia, reducida a la mera relación con Dios, es correr riesgos de gran calado. El inapelable ejemplo del hermano a quien se desea todos los bienes y bendiciones de Dios, pero no se le socorre prácticamente, termina de manera tajante: “La fe sin obras es un cadáver” (*Houtos kai hê pistis, ean mê ekhê erga, nekra estin kath'autên*: 2,17.26). Una realidad muerta, porque las obras es lo que visibiliza el amor que se tiene al hermano y el mismo misterio de Jesús como salvador²².

En el estilo de la diatriba se enfrenta a un objetor ficticio, aunque probablemente apunta a casos concretos de la realidad: “Y si alguno dijera que tu tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin obras, que yo te mostraré la fe con mis obras” (*Alla'erei tis, su pistin ekheis kagô erga ekhô. Deixon moi tên pistin sou khôris tôn ergôn, kagô soi deixô ek tôn ergôn mou tên pistin*: 2,18)²³. No quiere establecer el autor una relación dialéctica entre fe y obras: ambas son necesarias en la fe, porque ambas componen la verdad de la persona. Pero, de algún modo, por razones de visibilización, las obras son más urgentes, más inmediatas, más necesarias para detectar el nivel de fe real de la persona²⁴.

Además de esta disfunción de una fe verticalista que oculta posiciones de relación económica inaceptables desde el Evangelio, la comunidad de Sant tiene el peligro de vivir una fe pietista. La prueba evidente de que este tipo de fe es nociva para la comunidad es que las injusticias que encubre se hacen cada vez más hondas. La ira campa más a sus anchas y “la ira no produce la rectitud que Dios quiere” (*Orgê gar andros dikaisunên theou ouk ergazetai*: 1,20). Además, se llega a una vaciedad, al olvido de las verdaderas raíces, a la superficialidad que desenfoca las perspectivas sobre la vida. Eso quiere indicar el ejemplo de la persona que se miraba en el espejo y, a renglón seguido, se olvidaba de cómo era (1,22-25). Todo eso lleva a una “religión vacía” (*Toutou mataios hê thrêskeia*: 1,26b)²⁵ cuando, en realidad, la verdadera religión habría de concretarse en la misericordia y en la justicia: “Religión pura...es ésta: mirar por los huérfanos y las viudas en sus apuros y no dejarse contaminar por el mundo” (*Thrêskeia kat-*

²¹ Cf Gal 5,6. “La primacía de la ortopraxis sobre la ortodoxia aporta sensibilidad y sintonía para la recuperación del núcleo liberador de las religiones y que se manifiesta como un proceso de liberación y salvación. Por tanto, estamos llamados a una relectura y rearticulación de las afirmaciones de fe fundamentales para una asociación interhumana e interreligiosa de los pueblos” (Asociación Teológica India, 1989).

²² Cf Jn 5,36.

²³ Este principio lo ilustra con los ejemplos bíblicos de Abrahán y de Rajab.

²⁴ La polémica conocida del tiempo de la Reforma no tiene sentido: las obras de fe provienen de un interior creyente y verdadero. Ese interior sin obras es una vaciedad y viceversa para quien pretendiera aferrarse a las obras únicamente. La Reforma siempre creyó en el valor de las obras (basta ver las recomendaciones de Lutero a sus clérigos en el *Catecismo mayor*) y en la Iglesia católica siempre se creyó en el amor salvífico de Jesús que sustenta todo el hecho de creer. El hacer bandera de la carta de Sant no fue más que una cortina que pretendía ocultar la verdadera causa de la división: una administración eclesial muy cuestionable, una idea de autoridad inaceptable, una organización muy lejana a los planteamientos humanizadores y fraternos del Jesús del Evangelio.

²⁵ Es el clásico tema de la vieja profecía: el culto vacío (Is 1,11-17; Jer 7,21-26; Os 5,6-7; Am 5,21-24; Eclo 35,14-20; Sal 50,13) y que Jesús retoma: Jn 2,13-22.

hara...autê estin, episkeptesthai orphanous kai khêras en tê thlipsei autôn, aspilon heauton têrein apo tou kosmou: 1,27). “Mirar por los huérfanos y las viudas” es el rostro práctico de la misericordia, porque son colectivos débiles²⁶. Relacionarse humanizadamente con ellos es lo que frena el deterioro de lo religioso y emplea esa fuerza para potenciar una actuación bondadosa. Por su parte, “no dejarse contaminar por el mundo” es no hacerse cómplices de los mecanismos de injusticia de la historia, alejarse de toda connivencia con los poderes que siembran inhumanidad en la existencia.

Si esto no se va logrando en la comunidad cristiana se llega a situaciones inaceptables en la misma práctica celebrativa: 2,1-4 habla de esa comunidad que celebra la fe y mantiene en la celebración las mismas divisiones sociales que hay en la vida: el rico es puesto en lugar de honor, el pobre queda relegado a un puesto de olvido y postergación. Pablo había dicho en Rom 2,11 que “Dios no tiene favoritismos”. Esta mirada profunda a la persona habría de ser asimilada por el creyente y tendría que manifestarse en la celebración. Por eso “No hay que confundir la fidelidad a Jesús con ciertos favoritismos” (*Mê en prosôpolêmpsi ais ekhete: 2,1*). Ese tipo de celebración, en lugar de dinamizar las opciones humanizadoras y solidarias con la persona, lleva a convertirse en “jueces de raciocinios inicuos” (*Kritai dialogismôn ponêrôn: 2,4*), juez que juzga por apariencias o por intereses. La celebración, en lugar de llevar a la justicia y al amor, lleva al desamor y a la injusticia. Un formidable equívoco.

Este insensato favoritismo va en contra de lo más elemental del programa de Jesús, de su mandamiento del amor. Para Sant este mandamiento es “la ley del Reino enunciada en la Escritura” (*Nomon basilikon kata tèn graphên: 2,8*). En línea con Jn 13,1ss, Sant sabe que la comunidad se ancla y constituye en la ley del amor. Eso es lo que da sentido a la comunidad; sin ello, la fraternidad cristiana se diluye y pierde su orientación más básica. Quien vive una celebración de la fe asentada en favoritismos se constituye en “trasgresor” de dicha ley (*parabatês*). Y entonces es cuando nada de la vida cristiana tiene razón de ser.

La conclusión es clara: la misericordia habría de presidir la celebración de la fe porque es la base sobre la que se asientan las relaciones sociales. La convicción de Sant es profunda: “La misericordia se ríe del juicio” (*Katakaukhatai eleos kriseôs: 2,13*). La clave está en la misericordia, en una manera benigna y fraterna de enfocar las relaciones. Sin esa actitud, la misma vivencia de la fe se desvirtúa.

4) Cuarto momento: El deterioro siempre acechante:

Si no se tiene asentada la celebración sobre la vida, sobre una relación igualitaria y misericordiosa, todo deterioro es posible. Se comienza por la violencia verbal, por el daño que se hace con las palabras. Por eso Sant acentúa, desde su tono sapiencial, la necesidad de dominar la lengua (3,3-12). Sus argumentos son definitivos: a) la lengua es el “freno” de la persona, como lo es el bocado para los caballos o el timón para los barcos (3,3-4); b) la lengua es “incendiaria”, “venenosa”, de difícil subyugación (3,5-9); c) puede llevar a la ilógica de querer producir alabanza a Dios, por un lado y, por otro, condena al hermano (tan ilógico como una fuente que dé agua buena y salobre a la vez o

²⁶ “Quien quiera ser seguidor de Jesús ha de vivir como él vivió: tocando leprosos, sacando asnos de la zanja en sábado, cuestionando lo incuestionable y relacionándose con mujeres”: J. CHITTISTER, *Odres nuevos. Antología de una visión espiritual*, Santander 2003, p.15. El último de estos cuatro rasgos es al que alude el Texto de Sant 1,27.

una vid que produzca buenos y malos frutos al mismo tiempo: 3,9-12). La violencia verbal hace estragos en la realidad fraterna y social. La incontinencia verbal es gravísima desde la perspectiva de la fraternidad porque hace una lectura “denigratoria” de la persona: “Dejad de denigraros unos a otros” (*Mê katalaleite allêlôn*: 4,11). Es una realidad de mucho calado en las relaciones comunitarias. Por eso es preciso extremar el cuidado²⁷.

Esta es la puerta para el deterioro de la misma sabiduría, que para Sant es, en la más pura tradición sapiencial, una manera humanizadora de andar por la vida. Para ser maestro no basta, en ese caso, con la ciencia, sino que es necesaria una conducta fraterna lejos de la maledicencia (3,13). El falso saber, que se queda en teoría y no modela el comportamiento, lleva a la soberbia y a la rivalidad (3,14-16). El verdadero saber es pacífico, se traduce en obras y es sincero; su fruto es la paz: “Con paz van sembrando los que trabajan por la paz” (*En eirênê speiretai tois poioussin eirênên*: 3,18). La comunidad que no cuida su espiritualidad, que vive desde un acrítico espiritualismo, arriesga caer en ese falso saber que siembra de rivalidad y de orgullo las relaciones comunitarias²⁸.

Y más todavía: lo fraterno degenera, cuando se deja a las tendencias instintivas sin control, en una posesividad agresiva (4,1-3). Hasta la misma oración se ve inficionada por este descontrol: “Pedís...para satisfacer vuestros apetitos” (*Hina en tais hêdonais humôn dapanêsête*: 4,3). Se ha corrompido el sentido mismo de la plegaria al desvirtuarse la relación fraterna. Una depende de la otra. Este afán de apropiarse del otro es el que alimenta la más honda envidia. Pero Sant se apoya en Prov 3,34 LXX para afirmar: “Dios se enfrenta a los arrogantes, pero concede su gracia a los humildes” (*Ho theos huperêphanois antitassetai, tapeinois de didôsin kharin*: 4,6). Es cuestión de controlar la ambición, esa sombra que acompaña siempre a la persona y que anida en las mejores intenciones²⁹.

Y lo peor de todo, como ya se ha consignado, es el deterioro de lo fraterno en la explotación del débil. El texto de 4,13-17 sobre los comerciantes sin entrañas, sobre el negocio como norma primera del comportamiento humano, es, de rechazo, un profundo alegato a favor de los débiles que soportan el peso de la explotación que genera los negocios turbios. Es decir, cuando las relaciones económicas se deterioran, funcionan como en cualquier planteamiento social ajeno al Evangelio, hablar de vida cristiana no tiene sentido alguno³⁰.

5) Quinto momento: Las exigencias de una fe social:

En algunos de los textos citados se halla una especie de sistema ideológico que empuja en la dirección de una fe social. El primero de los elementos es el tema de la

²⁷ Los místicos medievales califican al lenguaje inhumano como “crucifixión por la boca”.

²⁸ Pablo ha tenido que lidiar muchas veces con este tema de las rivalidades comunitarias (1Cor 1,10-4,21; Filp 2,1-18). La misma carta de 3 Jn tiene por problema central el asunto de la rivalidad comunitaria.

²⁹ En Mt 19,27, Pedro, que ha dejado “todo” por seguir a Jesús le pregunta directamente “¿Qué nos va a tocar?”. No le ha abandonado su ambición. Por eso se molestan cuando los dos hijos de Zebedeo ambicionan los primeros puestos: Mc 10,41.

³⁰ Este es el sentido del “escándalo” en Mc 9,42ss: Uno, quizá un pagano, se acerca a la comunidad cristiana creyendo que sus mecanismos de funcionamiento son diferentes a los de una sociedad asentada sobre el lucro. Y se encuentra con que funcionan como todos. Su escándalo es la consecuencia y la condena grave (piedra de molino al cuello) de la comunidad.

igualdad que ha de manifestarse no solamente en las celebraciones rituales (2,1-4), sino también en la vida misma (4,12). Eso ha de mantenerse como principio indiscutible de la fe cristiana³¹, incluso aunque la debilidad esté siempre presente en la vida del creyente, “pues todos fallamos algunas veces” (*Polla gar ptaïomen hapantes*: 3,2a). Si se hace dejación de este principio de igualdad, es inútil seguir adelante.

El segundo componente, decisivo, es la opción por el pobre³². Para Sant son los ricos quienes generan los problemas reales de la comunidad (2,6-8). Dios ha elegido a los pobres, se ha puesto de su lado: “¿No fue Dios quien escogió a quienes son pobres a los ojos del mundo?” (*Oukh ho theos exelexato tous ptôkhous tô kosmô*: 2,5). Si no se hace explícitamente esta opción, en la celebración y en la vida, se afrenta al pobre (*Humeis de êtimasate ton ptôkhon*: 2,6). No es de extrañar que Sant contenga una de las más fuertes diatribas contra los ricos de todo el NT (5,1-6). Según este texto, el rico explotador es ejemplo eximio de injusticia. La injusticia con el obrero indefenso, condenada reiteradamente en el AT, reclama castigo: “El jornal de los braceros que segaron vuestros campos, defraudado por vosotros, está clamando, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos” (*Idou ho misthos tôn ergatôn tôn amêsantôn tas khôras humôn ho aphusterêmenos aph’humôn kraxei, kai hai boai tôn therisantôn eis ta ôta kuriou Sabaôth eiselêluhan*: 5,4). Más que como un moralista, el autor habla aquí como un profeta: es la profecía de la justicia cumplida con los débiles, de los derechos reconocidos y aceptados, de la reivindicación proclamada y satisfecha. No tendrán los sistemas explotadores la última palabra, por mucho que, en su insolencia, se autoproclamen indestructibles. Dios mismo es el garante de esta victoria, de esta confrontación: “Condenasteis y asesinasteis al inocente, ¿no se os va a enfrentar Dios?” (*Katedikasate ephoneusate ton dikaion. Ouk antitassetai humin*: 5,6).

En tercer lugar, y en consonancia con el conjunto de la carta y con las católicas en general³³, la fe social demanda un amor en obras, como queda explicitado e ilustrado con los ejemplos de Abrahán y Rajab en el citado texto de 2,14-17. Como en otras cartas³⁴ y en el mismo Evangelio³⁵, las obras adquieren una cierta primacía en cuanto que hacen visible la supuesta fe del creyente. Si esas obras no aparecen claras, se puede sospechar que la fe es “un cadáver” (*nekros*: 2,17.26). Eso mismo ocurre en la comunidad cristiana: si no concreta su adhesión a Jesús en obras, es una realidad muerta³⁶. Es decir, en Sant prima la ortopraxis sobre una ortodoxia desencarnada.

6) Sexto momento: Exhortación:

Aunque a veces parezca que el tono de Sant es condenatorio, en realidad él quiere persuadir, motivar la adhesión al corazón, empujar a una vivencia gozosa y satisfactoria de la espiritualidad cristiana. Por eso, como las otras “Católicas”, su texto está sembrado de exhortaciones que tratan de animar la fe del seguidor/a. Una de las principales exhortaciones es a la paciencia (4,7-9). Trata de contener la impaciencia por el día

³¹ Como lo mantiene tenazmente el Evangelio: Mt 23,8-12; Mc 9,35.

³² Este principio deriva de lo que los teólogos llaman la “parcialidad” de Dios, su ponerse en la orilla de los débiles: Cf J.M.CASTILLO, *El discernimiento cristiano. Por una conciencia crítica*, Salamanca 1984, pp. 148-149.

³³ Cf 1 Jn 3,16-18 a modo de ejemplo.

³⁴ Cf 1 Jn 4,19-21.

³⁵ Cf Jn 14,34-35.

³⁶ Aunque la diatriba simula una interpelación personal, en realidad es la comunidad cristiana la que ha de sentirse interpelada.

del Señor que quiere ir por el atajo, el afán de una escatología que no cuenta con lo duro y sudoroso del camino histórico. Con la evangélica imagen del labrador que espera paciente la cosecha³⁷, anima a una espera paciente y activa. Esa paciencia ha de estar marcada por la fraternidad vivida con intensidad: “Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no os den sentencia: mirad que el juez está a la puerta” (*Mê stenazete, adelphoi, kat'allêlôn, hina mê krithête· Idou ho kritês pro tôn thurôn hestêken*: 5,9). La espera ha de activar la fraternidad; ésa será la manera de esperar con sentido.

La paciencia ha de llevar a la resistencia, porque en la resistencia habita la esperanza. El sufrimiento de los profetas ha de ser acicate para el seguidor/a, porque ahora se cosecha el fruto de su penar. La misericordia y la compasión de Dios, su generosidad, está a la base de esta certeza: “Porque el Señor es compasivo y misericordioso” (*Hoti polusplagkhnos estin ho kurios kai oiktirmôn*: 5,11). La oración y la fraterna confesión de pecados pueden ayudar a mantenerse en esta tensión saludable (5,13-18)³⁸.

2. Lectura antropológica:

En el trasfondo de Sant se encuentran valores antropológicos dignos de ser considerados. Contribuyen a forjar un interior lúcido, un espacio vital más iluminado.

- 1) *Problemas de autoafirmación*: La persona desarrolla a lo largo de toda su historia trabajos inacabables de autoafirmación personal: se quiere decir, a uno mismo y a los demás, que yo soy valioso, que merezco respeto, que quiero contar en el devenir de la vida, que necesito el aplauso y la valoración social, etc. Para alcanzar estos objetivos se utilizan cauces diversos y, no pocas veces, extraviados: autoafirmarse por la imposición, por la venganza, por el poder³⁹. Esto se hace, consciente o inconscientemente, incluso en la actividad cotidiana⁴⁰. Pues bien, Sant viene a decir que la autoafirmación en el grupo creyente no puede venir ni por la desigualdad social, ni por el poder económico, ni por el imperio de la lengua, ni siquiera por una religiosidad muy activa. La autoafirmación se hace, como lo marcaba el Evangelio, por la generosidad, la igualdad, la fraternidad y el servicio⁴¹. Es por estos caminos cuando la persona será correctamente ella misma ante el otro y cuando el gozo de la vida le inundará a ella y a su comunidad.
- 2) *Liberarse del sentido de apropiación*: A veces puede uno preguntarse cómo Jesús o los grandes creyentes han llegado a abrir la puerta de ese “huerto cerrado” que es la verdad de la persona, sus “rincones devastados” en los que nadie entra⁴². Son personas que han logrado hacer desaparecer de su vida el sentido de apropiación del otro que tiende al dominio y al expolio de la verdad ajena hasta someterla a nuestros dictados. Cuando eso desaparece, cuando la persona capta

³⁷ Cf Mc 4,26-34.

³⁸ Es el mismo tema de la “constancia” que aparece en Sant 1,2ss.

³⁹ Así lo pretenden por ejemplo los discípulos de Jesús: Mc 10,35-41.

⁴⁰ Dice san Francisco: “Hay muchos que, entregados constantemente a la oración y a las devociones, hacen muchas abstinencias y mortificaciones corporales, pero una sola palabra que parece ser injuriosa para su propio yo o por cualquier cosa que se les quita, se escandalizan enseguida y se alteran. Estos tales no son de verdad pobres de espíritu” (*Admonición 14*). En eso poco que se les quita estaba el quid de su autoafirmación.

⁴¹ Cf Mc 9,35.

⁴² Como dice C. Bruni en su disco *Quelqu'un m'a dit*.

que eso no cuenta, es cuando se abre y se ofrece. Sant propone ese mismo camino: no apropiarse del otro ni de lo otro es la mejor manera de generar la básica igualdad y, con ella, la fraternidad. Erradicar el sentido de apropiación es un trabajo de por vida porque la sed de domino está instalada en el corazón de toda persona.

- 3) *¿Pueden los fanatismos dar sentido?:* En épocas convulsas como la nuestra parece que muchas personas encuentran en los fanatismos (sociales, políticos, religiosos) un sentido a su caminar histórico. ¿Puede el fanatismo dar ese sentido? Creemos que es un espejismo: lo que parece sentido es, en realidad, un formidable desconcierto. Y ello por una sencilla razón: oscurecen el valor, el aprecio y el respeto a la persona concreta, oscurecen el amor. Y un “amor oscuro” es lo contrario al sentido⁴³. Por lo que Sant propone trabajar aquellos primeros pasos que pueden llevar a un fanatismo religioso (que, por cierto, encubre con ello sus ansias económicas de dominio). Estos pasos son: la espiritualidad verticalista, la religiosidad pietista, el culto vacío y desigualdador, las convicciones religiosas que no tienen rostro social. Trabajar estos desajustes puede llevar, entre otras cosas, a estar preparados para acentuar el sentido positivo y fraterno de la existencia.
- 4) *Un lugar en el mundo:* Es el título de la película de A. Aristarain que tiene un mensaje evocador: cuando la persona encuentra su lugar en el mundo adquiere una perspectiva correcta del valor de su existencia, del sentido de sus pasos, y eso da luz a toda su actividad y a sus relaciones. Quien logra dar con ese lugar ha encontrado el mejor camino para su existencia. Pues bien, Sant dice que, para el creyente, ese lugar no es otro que una comunidad asentada sobre los principios de la fraternidad y de la igualdad. Cree que en esa comunión real existe el secreto de una vida bien orientada. Aspirar a este tipo de comunidad, trabajar por construirla, vivirla en la inmediatez de la vida de cada cual es, quizá, la mejor forma de guardar fidelidad al Evangelio, de conformar en parámetros evangélicos la propia conciencia y de lograr entrar en el gozo vital que promete Jesús a todos sus seguidores/as.

3. Lectura social:

El componente social de Sant queda fuera de dudas. Muchos de sus planteamientos son útiles para colaborar al sueño de una sociedad más humana. Por eso merecen una valoración:

- 1) *La vocación primordial:* No es otra que la de vivir y dar vida, a otros y con otros. La meta del caminar humano no puede ser el individualismo y la violencia necesaria para mantener opciones que no miran al bien de los demás. El horizonte tiene que ser la vida en sociedad, en familia, en hermandad. Por mucha que sea la violencia que nos hagamos los humanos, la meta no puede ser la violencia

⁴³ “Cuanto más insegura, inmadura y necesitada sea la persona, más proclive será a creer en algún dios de manera frenética. El fanatismo religioso es un primitivismo, al igual que recurrir a las manos que matan y a la fuerza bruta. La trágica guerra civil que ha estallado entre los palestinos, con esos aterradores milicianos de Hamás que dicen defender la legalidad y se fotografían encapuchados y con fusiles, es un conflicto arcaico de religión, poder y muerte. Como muchos otros conflictos, por otra parte: en cuanto que se nos rasca un poco, a todos nos sale el troglodita.”: R. MONTERO, *Trogloditas*, El País 19/6/07.

sino la hermandad, la vida en sociedad y, en definitiva, la búsqueda común de la felicidad. “Nadie se une para ser desdichado”, decían los filósofos de la Ilustración. “La meta de la sociedad es la felicidad común”, escribieron en su constitución los revolucionarios de 1789. Pues bien, en Sant encontramos semillas de esta espiritualidad: para este texto la vida en una comunidad igualitaria no proviene únicamente por imperativo de la ley del amor (2,8). Hay algo más elemental: la vida en una sociedad hermanada llena de dicha el camino humano y le da sentido porque “la misericordia triunfa sobre el juicio”, la fraternidad sobre cualquier otro proyecto de vida.

2) *La persistencia del clasismo*: Es algo fácil de constatar en nuestro pensamiento neoliberal y en nuestras prácticas de mercado. Los más elementales analistas constatan lo de siempre: los negocios modernos hacen más ricos a los ricos y más expoliados a los pobres. Cambia el collar, pero no el perro. En España, por ejemplo, al cierre del ejercicio 2003 los paquetes accionariales de las 20 mayores fortunas de la Bolsa valían 16.628 millones de euros. Hoy día, esos títulos están tasados en 54.000 millones. En sólo cuatro años, han multiplicado por más de tres veces su valor. Ya hay ocho personas que tienen en Bolsa participaciones de más de 2.000 millones de euros⁴⁴. Es decir, persiste la fuerte división en clases y las terribles consecuencias que de ello se deduce. Sant tiene otra mentalidad de fondo: cree que el clasismo es malo para la fe cristiana, para la celebración creyente y para la vida sin más. De ahí sus censuras a los negociantes sin entrañas humanas (4,13-17) y su dura diatriba contra los ricos explotadores (5,1-6). ¿Con qué tipo de sociedad sueña Sant? Con aquella en que sea el pobre respetado y apreciado, considerado y, de algún modo, puesto en el centro del hecho social (2,1ss). Más allá de un cierto conformismo amenazante (1,13-15), Sant no ha dejado de lado la reivindicación de la fraternidad económica incluso (2,5-6).

3) *La cuerda se rompe por el lado más frágil*: Sant constata lo más elemental: que en las tensiones socioeconómicas la cuerda se rompe por el lado más frágil, por el de los pobres. Si un país ha de ajustar sus presupuestos y eso requiere hacer recortes, es del lado de las capas sociales más débiles de donde se recorta. Posiblemente porque las pobrezas llevan emparejadas el desamparo y la desunión a la hora de reivindicar los justos derechos. Y por eso mismo al sistema le resulta más fácil enfrentarse al débil ya que es fuerte con el débil y débil con el fuerte, característica de la manera de actuar de todo sistema opresor⁴⁵. Sant, como Jesús (Mc 3,1ss), quiere que el pobre sea el centro del hecho social y que, por lo tanto,

⁴⁴ D. FERNÁNDEZ, *La Bolsa hace de oro a los más ricos*, en *El País*, domingo 2 de diciembre de 2007, p.43. Y también: “Cada etapa bursátil genera sus propios millonarios. A finales del siglo pasado fueron los empresarios *puntocom* y en los últimos años los beneficiados han sido los reyes de la construcción. Ahora parece surgir una nueva casta: los ricos vinculados a las energías renovables. Cinco meses han bastado a la familia Díaz-Tejeiro, propietaria de Solaria (productora de placas solares) para colarse en el *gotta* bursátil español con un patrimonio superior a los 1.000 millones”: *Ibid.*, p.43.

⁴⁵ El sistema usa señuelos solidarios en los que la persona de buena voluntad “muere y traga”. Por ejemplo, los objetivos del milenio, el primero de los cuales la erradicación de la pobreza. Además de que están dando mil “razones” para hacer ver que va a ser imposible cumplirlo (cambio climático, inversión escasa, etc.) al lanzar ese señuelo se hace olvidar quién es el verdadero “pescador” en este río revuelto: los pescadores son los sistemas financieros y los políticos que les apoyan que no tienen ninguna voluntad de poner sobre la mesa las causas que motivan la pobreza, su depredación de la riqueza humana. Eso pondría en peligro su llamado “estado de bienestar”. Pero mientras tanto, las pobrezas verdean y se quiere hacer ver que se es solidario combatiéndolas. Una perfidia.

no se rompa la cuerda por ahí. Si ha de haber “ajustes” o reestructuraciones han de hacerse en el lado de la riqueza sistémica.

- 4) *El valor de una sociedad sin Dios*: Es cierto que Sant se dirige a la comunidad cristiana. Pero, al poner el acento no tanto en una piedad religiosa (y menos de estilo verticalista y pietista), sino en el modo que la fraternidad, la sociedad, habría de compartir sus bienes está queriendo decir que el conjunto de la sociedad está igualmente llamado a poner en funcionamiento el mecanismo del reparto⁴⁶. Es decir, la sociedad toda tiene una responsabilidad y unas posibilidades a la hora de ir construyendo el sueño de la sociedad nueva. Por eso, es preciso reconocer explícitamente a la sociedad en general esa capacidad de “fe”, de bondad humana, de anhelo de una sociedad nueva. Con ello habrá que contrarrestar la tendencia a ver como una realidad disminuida a la sociedad que dice no profesar una fe religiosa explícita⁴⁷. En esto ha de dar el creyente pruebas de verdadero ecumenismo y de simple fraternidad.
- 5) *El anhelo de una sociedad distinta*: Aunque Sant no lo exprese explícitamente⁴⁸, en su texto late el anhelo de una sociedad distinta, aquella en la que el hombre no será “lobo para el hombre”, según la famosa frase de Plauto, sino que será casa para la persona. Cree Sant que la persona, la comunidad, tienen como futuro la casa común de la familiaridad. Por eso, por caminos de intuición creyente, llega a la conclusión de que no es lícito hacerse daño entre familiares, sino que la práctica de la compasión ha de ser el camino para poner el cimiento de esa sociedad distinta⁴⁹. Sin este anhelo, las recomendaciones, urgentes y apasionadas, que da Sant quedarían en simples buenas intenciones. Pero con él, se convierten en profecía que traspasa el contexto original hasta llegar al nuestro y permanecer vigorosas y exigentes en nuestro tiempo.

4. Lectura espiritual:

La nueva espiritualidad, la nueva “mística” ha de incorporar lo social precisamente para ser espiritual, para que el Espíritu que aletea en el fondo de la existencia no

⁴⁶ Este mecanismo fue deliberadamente asumido por Jesús como se muestra en el relato llamado de la multiplicación de los panes (Jn 6,1ss). Allí se dice que el verdadero milagro no es tanto que salieran panes del cesto, sino que se diera adhesión a uno que dice, Jesús, que compartiendo sobre la base del todo llega para la multitud, no siendo obstáculo la pobreza. Creer en el mecanismo de reparto es el rostro de la adhesión otorgada a Jesús

⁴⁷ “No puedo compartir la afirmación de que “un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza”. Es un aforismo tan excluyente como el de “fuera de la Iglesia (católica) no hay salvación”. Los creyentes no se han caracterizado precisamente por ser testigos de esperanza y actores de utopías; han sido, más bien, los enterradores de las utopías históricas.”: J.J.TAMAYO, *Esperanza y utopías*, en *El País*, sábado 1 de diciembre de 2007, p.38.

⁴⁸ 2 Pe 3,13: “Ateniéndonos a su promesa, aguardamos *un cielo nuevo y una tierra nueva* en los que habite la justicia”.

⁴⁹ “Tres pasiones, sencillas pero tremendamente fuertes, han regido mi vida: el deseo de *amar* y ser amado, la búsqueda del *saber* y una *compasión*, superior a mis fuerzas, por el sufrimiento de la humanidad... Pero la compasión me devolvió siempre a la tierra. Ecos de gritos de dolor reverberan en mi corazón. Niños hambrientos, víctimas torturadas por opresores, ancianos inválidos que son sólo una carga odiada para sus hijos, y todo ese mundo de soledad, pobreza y sufrimiento convierte en burla lo que la vida humana debería ser”: B. RUSSELL, *Autobiografía*).

se aleje de nuestros planteamientos vitales. Sant da pistas valiosas para ir creando esa espiritualidad social.

- 1) *Normados por el Evangelio*: Sant cree que el Evangelio, las exigencias de la solidaridad, no son meros consejos, sino auténticas normas para el creyente capaces de orientar, iluminar y dirigir su existencia. Los sistemas no pueden subsistir sin normas. Más aún, si son sistemas religiosos los que consagran sus normas, lo que les da un plus indestructible de legalidad. Sin embargo, la evidencia de la fragilidad de toda norma es tal que su conculcación está al orden del día. En esa conculcación se muestra su verdad: la norma es frágil, relativa, tocable, finita. Hoy ya nos hace esbozar una sonrisa la actitud de quien se ancla en la norma por ella misma. Esa norma le morderá en sus entrañas en cualquier momento de la vida. Hay sin embargo creyentes que se proponen hacer del Evangelio su norma de vida. Con ello están afirmando, por un lado, la cuestionabilidad de cualquier norma, por sagrada que se quiera. Por otro lado, proclaman la intocabilidad del mensaje de Jesús no por ningún a priori imperativo, sino por la simple adhesión a la persona de Jesús. Ahí está el quid: en la adhesión. Una vivencia del hecho creyente desde la norma tiene bajos niveles de adhesión. Por el contrario, una vivencia desde la adhesión hace que cada vez el Evangelio conforme el caminar del creyente, se convierta en luz y norma de vida para él. Juan en el Evangelio propone claramente a Jesús como inspirador y norma de vida (Jn 6,41-59). Tomar a Jesús por norma no es caer de nuevo en la dinámica de la legalidad sino entrar en el torbellino del amor, una manera nueva y distinta de mirar la realidad. Por ese amor se significará la comunidad cristiana (Jn 13,34-35) y será la ley que conforme al grupo creyente (Jn 13,1-11). Por eso ocurre frecuentemente que quien se refiere a la norma del Evangelio descubre, a la vez, las profundidades del amor y quien se remite a la norma como soporte del sistema cae en perspectivas de desamor para mantener viva la legalidad.

- 2) *Por qué nos hemos alejado tan pronto y tanto del Evangelio*: Es una pregunta que atenaza a muchos creyentes y que Sant, de alguna manera, también trabaja. ¿Cómo es posible que, pocos años después de la muerte de Jesús, la comunidad tuviera problemas de fraternidad tan hondos como los que señala Sant? ¿Cómo es posible que esos problemas (clasismo, menosprecio de los débiles, economicismo, juicios fraternos, etc.) no hayan hecho sino aumentar en el decurso de la historia? Sin duda que la respuesta ha de ser compleja. Pero quizá haya contribuido a ello el hecho de que la comunidad cristiana, desde muy pronto, abrazó el mecanismo religioso con todas sus consecuencias. ¿Podría haber sido otro el camino? Quizá no, porque la estructura humana parece que no puede pasar fácilmente del hecho religioso. Concebir una fe sin religión resulta poco menos que imposible⁵⁰. Pero echarse en sus brazos sin ningún discernimiento es exponerse a la lejanía del Evangelio, del programa de Jesús. Éste, más que una propuesta religiosa es, ante todo, un anhelo de buena relación, de sociedad nueva, de economía fraterna, de pluralidad misericordiosa.

⁵⁰ Aporía en la que se debatió fuertemente Bonhoeffer: “Los hombres religiosos hablan de Dios cuando el conocimiento humano (a veces por simple pereza mental) no da más de sí o cuando fracasan las fuerzas humanas. En realidad se trata siempre de un “deus ex machina”, al que ponen en movimiento bien para la aparente solución de problemas insolubles, bien como fuerza ante los fallos humanos; en definitiva, siempre sacando partido de la debilidad humana, o en las limitaciones de los hombres.”: *Resistencia y sumisión*, Barcelona 1971, p.162.

3) *La raíz del asunto*: No es otra sino la comprensión de la propuesta cristiana más como una gnosis, como un conocimiento, como un conjunto de verdades que como una moral evangélica de actuación ética desde el presupuesto del amor. El modelo moral es más amplio y ajustado al mensaje de Jesús, ya que integra los dos aspectos que la historia separó (la ideología y la praxis). Jesús reveló la verdad, pero esa verdad no era gnóstica, ideológica, sino práctica, no llamaba a la mera contemplación sino a la acción que integra la contemplación⁵¹. Es el viejo problema de la ortodoxia o la ortopraxis. La propuesta de Jesús, su mismo estilo de vida, se inclina por esta segunda: una praxis que no excluye una manera de pensar, una ideología, una contemplación, sino que las supedita a los comportamientos éticos, al amor actuante, a la solidaridad eficaz y real que imbuye la actuación cristiana. Mientras este dilema siga insoluble, el resultado será el mismo: la supremacía de lo ideológico, y con ello de la norma, sobre la vida en sus diversas formas de actuación. Desde luego, Sant opta claramente por la ortopraxis; los problemas teológicos no son principalmente los suyos. Él cree que, al final, la fe se resuelve en actitudes de relación, de economía y de participación social.

4) *Espiritualidad desde las pobreza*s: la pobreza es un mal, como la incultura, como la enfermedad. Hay que luchar a brazo partido contra ella. Pero Sant, en concordancia con el Evangelio⁵², cree que los pobres han de ocupar el centro de la comunidad cristiana y, por lo mismo, desde ellos ha de construirse la espiritualidad. Es lo que la moderna teología denomina como “principio hermenéutico” del hecho creyente⁵³. Es decir, tanto la cristología, como el resto de la espiritualidad cristiana, han de estar orientadas desde este principio de centralidad de las pobreza

s en la propuesta de Jesús. Sin llegar a ser tan explícito, Sant camina en esa dirección y recuerda a la comunidad cristiana, ya desde los inicios de la fe, la senda que es preciso seguir.

5) *¿Hay un lugar para los pobres en nuestras celebraciones?*: Es una pregunta muy concreta a propósito de Sant 2,1-4. Lo cierto es que el esquema ritual de nuestros actos religiosos deja poco margen a la presencia y colaboración de los débiles sociales. Posiblemente sea porque el rito se ha alejado fuertemente de las verdaderas preocupaciones sociales, aquellas que tienen nombre y rostro. Quizá para que la celebración pueda hacer un sitio a las pobreza

s haya que desplazarse hasta ellas y, como dice A. Zanotelli, “sentarse donde se sienta la gente”⁵⁴. Y, a

⁵¹ Cf J. A. MARINA, *Por qué soy cristiano*, Barcelona 2005, p.132.

⁵² Cf Lc 5,12-26.

⁵³ “Despectivamente Pilato le pregunta a Jesús qué es la verdad y no se para a oír la respuesta y además lo entrega a la muerte y se lava las manos. Maxence van der Meersch le responde a Pilato y nos responde a todos: “La verdad, Pilato, es estar del lado de los pobres”. La religión y la política han de acoger esa respuesta hasta las últimas consecuencias. Toda la vida de Jesús, además, es esa misma respuesta. La opción por los pobres define toda política y toda religión. Antes era “fuera de la Iglesia no hay salvación”; después, “fuera del Mundo no hay salvación”. Jon Sobrino nos recuerda, una vez más, que “fuera de los pobres no hay salvación”. Juan XXIII abogaba por “una Iglesia de los pobres, para que fuese la Iglesia de todos”. Lo cierto es que los pobres definen, con su vida prohibida y con su muerte “antes de tiempo”, la verdad o la mentira de una Sociedad, de una Iglesia. Dice nuestro Jon Sobrino: “Quien no sepa explícitamente de Dios, lo ha encontrado si ha amado al pobre”; y el Evangelio lo dice repetidamente en la palabra y en la vida de Jesús, en su pesebre y en su calvario, en las bienaventuranzas, en las parábolas, en el juicio final...” P. CASALDÁLIGA en *Dossier sobre Jon Sobrino*, en *Concilium* 321 (2007) pp.163 y ss.

⁵⁴ A. ZANOTELLI, *Korogochio. Alla scuola dei poveri*, Milano 2003, p.18.

partir de ahí, llegar a vivir las “misas de pobres”, aquellas que se hacen en los lugares mismos de la pobreza humana⁵⁵, con sus mismos gestos⁵⁶ y con sus verdaderas preocupaciones⁵⁷.

- 6) *¿Por qué nos cuesta una fe social?:* A no pocos cristianos les cuesta notablemente entrar por los caminos de una fe social. Sant viene a decir que eso habría que hacerlo con decisión y hasta con alegría. Entonces, ¿por qué cuesta, siendo así que no pocos creyentes pertenecen a clases sociales modestas, cuando no pobres? Es de nuevo el mecanismo religioso el que nos puede jugar una mala pasada. Creemos que “lo santo”, lo de Dios, está reñido con el hecho histórico, tan limitado, tan cuestionable. Y se elabora entonces una espiritualidad lejana del hecho social. No se ha comprendido que el Evangelio no es primordialmente un libro religioso y que, por lo mismo, no es la religión el fin último del actuar cristiano. El Evangelio es, más bien, un libro que pretende construir la buena relación entre las personas e incluso con las cosas. Por eso, para entrar en el cauce de una fe social es preciso amar la vida, creer que ella es el mejor don del Padre a nuestra historia, que nuestra existencia es una aventura que nos abre a las posibilidades de la plenitud⁵⁸. Sin esta reconciliación con la historia las posibilidades de una fe social se esfuman. Mientras el acento esté puesto sobre el componente meramente religioso, mientras no haya un desplazamiento hacia lo social, un equilibrio saludable en ambos elementos, una supeditación incluso de lo religioso a lo social, la posibilidad de adentrarse en estos caminos queda fuertemente limitada.

Conclusión:

Sintetizamos en unos pocos axiomas las orientaciones que da la carta de Santiago y las consecuencias que tiene para nuestra existencia creyente en Jesús:

- La carta de Santiago anima con fuerza a la recuperación del componente social de la fe, elemento imprescindible para la buena comprensión de la propuesta de Jesús y para la correcta valoración de la comunidad cristiana. Sin ese componente, la fe corre serios riesgos de espiritualismo vacío.

⁵⁵ Como en Hech 27,27-38.

⁵⁶ “Recuerdo que la segunda Navidad que pasé en la barracópolis prometí a la gente del basuerero ir a saludarles en sus barracas. Cuando entré en su barraca, Jeremías me abrazó con entusiasmo: ‘*Karibu, Alex, Karibu*’. Me hizo sentar sobre una piedra. Miré en torno: una barraca desventrada por todas partes. Después de unos cinco minutos me lo encontré delante con un pedazo de pan que había ido a comprar a la tienda poco distante. ‘*Alex, karibu*’. Después tomó el pan, lo partió bajo mis ojos atónitos y dijo: ‘Toma, come: este es mi cuerpo entregado por vosotros...’. Como sacerdote me quedé impresionado”. A. ZANOTELLI, *op.cit.*, p.40.

⁵⁷ “Comencé a invitarles a tomar un poco de té en mi barraca. Nació una amistad cada vez más fuerte. Establecida un poco de confianza recíproca, comencé a encontrarme con ellos en pequeños grupos de tres o cuatro personas. Al cabo de un año llegamos a vivir verdaderos encuentros. ¡Era increíble! Veinte o treinta hombres, todos borrachos (para trabajar en el basurero es casi una necesidad) que comentábamos el Evangelio”: *Ibid.*, p.50.

⁵⁸ “El Resucitado, está en el esfuerzo anónimo de todas las criaturas que, sin saberlo, se esfuerzan por participar en la glorificación de su cuerpo. Está en cada lágrima y en cada muerte como el júbilo y vida escondidos que vencen cuando parecen morir. Por eso nosotros, hijos de esta tierra, tenemos que amarla, aunque sea todavía terrible y nos torture con su penuria y su sometimiento a la muerte” (K. Rahner).

- La fe social se basa en la relación igualitaria, en la economía solidaria, en el control del egoísmo personal, en el valor de la justicia y en el sueño de una sociedad nueva.
- Una comunidad clasista y explotadora junto con una espiritualidad verticalista son los mayores obstáculos para una vivencia social del mandamiento del amor que Jesús pone como ley y base de la comunidad de seguidores/as.
- Las exigencias de la fe social se concretan en el mandamiento de la solidaridad, sobre todo con las pobrezas, haciendo de los excluidos el meollo de la comunidad, cosa que ha de motivar las actuaciones concretas de la solidaridad y de la misma espiritualidad.
- La fe social requiere un interior personal nuevo, aquel que mira la realidad desde la perspectiva de la fraternidad, de la compasión y del respeto.
- Así mismo demanda un pacto con la sociedad como ámbito de relación nueva, más allá de sus indudables deficiencias. Según Sant la vida es marco propicio para el logro de la plenitud, siempre que se ame y aprecie el don que Dios nos ha hecho al crearnos.
- Finalmente, la fe social prima la ortopraxis porque cree que ese rostro visibiliza el amor a Dios. Esta ortopraxis es la que puede hacer que volvamos con más decisión a la senda inicial de la propuesta de Jesús. Además, lograría hacernos ver con más claridad cuál es el lugar en la historia que la fe está llamada a ocupar, lo que redundaría en el aumento del sentido de nuestra existencia cristiana. La oferta de Sant sigue vigente.

Bibliografía:

- 1) G.BECQUET-P.CAZAUX, *La carta de Santiago. Lectura socio-lingüística*, Estella 1993.
- 2) J. CANTINAT, *La Carta de Santiago*, en A.GEORGE-P.GRELOT (eds.), *Introducción crítica al Nuevo Testamento*, Barcelona 1982, II, p.70-84.
- 3) Ph. VIELHAUER, *Historia de la literatura cristiana primitiva*, Salamanca 1991, pp.587-599.
- 4) I. ZUBERO, *Movimientos sociales y alternativas de sociedad*, Madrid 1996.